



CARTA ABIERTA A ENRIQUE VOLPE

de GLORIA GONZALEZ MELGAREJO

Enrique: A veces pienso que los poetas, somos los escaladores de una torre invisible y sin fin. Es la torre de la poesía atrayente y magnífica, como una diosa griega. Allí, en la luz de sus ojos fascinantes, los poetas viven y sobreviven.

No es sólo la belleza de sus cueros resbaladizos lo que atrae al poeta; es también su grandera y su soledad. Allí habitan pájaros enloquecidos y soberbios que hacen presa de la vanidad y la sangre de los merodeadores. Allí reinan las aves ágiles, refulgentes y doradas como el oro; en cuyas plumas encarnadas vuelan los sueños infantiles de gloria...

En la torre de la poesía que abre sus almenas cada cien años; y deja entrar el espíritu selecto convertido en blanca y radiante mariposa, hay niños de ojos morados y solomones, son los celadores de la piedra: hechos de piedra fría de olvido. Olvido que es poderoso como un dragón con alas más fuertes que el tiempo.

En la altura, cuando el crepúsculo ejerce sobre la torre de la Poesía su poderío gigante y se acalla el vocerío de las gentes, emergen larguissimas cadenas: blondas como cabellos de mujer; descendiendo al mundo: son los afluviados de la poesía. ¿Es el magnetismo puro de una diosa, o el cerebral ensimismamiento del hombre? Sí, la poesía, torre mujer o diosa gestadora no sólo de vida y belleza, sino también de revelación, de verdad.

Ahora sumidos tú y yo en esta última década del siglo veinte; que quizá ya es cupa polvorizante y manchada que cubrirá para siempre nuestra juventud, somos unos de los tantos escaladores de la milenaria torre. Pero el siglo nos deja una triste herencia, Enrique. Porque tú sabes que al señor honorable, recién afeitado, y que adora la vococilla del juez, no le importan los huesos innumerables que ya forman montañas.

El hombre fue olvidado, Enrique, y la suma nauseabunda de dos guerras mundiales es un camino infinito sembrado de niños y soldados muertos.

Y ahora tenemos que caminar sin tropiezo, con la fe de los idealistas. Pero nosotros los escaladores de la torre de la Poesía, subiremos sabiendo que no hay misericordia sobre los ojos vacíos de los soldados muertos. Porque la poesía es la hegemonía del gusano, infernal y absoluto, y en el sitio de los caídos no renace la flor desamparada del cardo, allí todo es hueso y pesadilla renaciendo cada día en un estruendo de cueros blindados.

Y había tanto trigo maduro Enrique, en los campos de España y tanto sol y fuego en la sangre de los poetas y por eso clamó por la pequeña primavera de avispas y el solimpo de azucenas y nardos sobre las tiones muertas de García Lorca. Pero no está cegada la voz de Federico; y hay pájaros fantasmas y buitres de mármol, señalándonos la muerte a sus asesinos.

El rojo y ardiente verano apagará el estruendo de los últimos cueros blindados y vendrá la primavera con sus flores a dormitarse sobre las estatuas caídas... Quizá una oruga convertida en brillante y ardiente mariposa repose sin pudor sobre el coloso sin llanto de Adolf Hitler. Pero nosotros sabemos que las manas de Federico no reposan señalándonos un rímbo de sangre que clama por la verdad y la justicia. Sabemos que la voz de Federico no se acalla invocando el acero de las armas generosas y nobles de la paz. Tú y yo sabemos Enrique que por las almenas entrecubiertas de la torre de la poesía, el genio de Federico va y viene dormitando los rubios de su sangre preciosa, sobre las tirieblas del mundo. Y yo quiero Enrique, una sola gota de su sangre genial, una sola gota que llenará la copa de nuestra poesía.

Santiago, 3 y 4 de abril de 1990.

EL GUERRERO TRAS LA VENTANA

Todos los colores oscuros se reagrupaban aquella noche cuando mis tranquilos pasos se oían casi imperceptibles mientras pisaba el húmedo pavimento.

regresaba adormilado recordando la celebridad de fugaces colibríes las rosas que volaban por doquier y las ventanas aprisionadas en sus marcos como tumbas singulares.

llevaba todavía pegados a mis sentidos

tantas voces estridentes que se descolgaban de mesa en mesa e innumerables rías que se mantenían como en suspenso sobre bocanadas de humo,

espalaba con mi cabeza gacha atrás, yo había exhibido con aire ufano

tantas y tantas fantasmas surgidas de mi boca con catedrales proporciones, allí en aquella noche mis ojos empezaban a divisar las primeras luciérnagas y constaté no ser el único caminante solitario iba ahora rodeado de personajes multicolores -que entrelazaban la fragilidad de sus cuerpos singulares -que a los sonos de alargados flautas danzaban con agudos gritos y silbidos

en apretados círculos que avanzaban como cortejo presidiéndome

en tanto, afiebradamente, apretaba mis manos hundidas en los helicópteros continuando mi angustiante divagación

cual interminable soliloquio; al amanecer cuando me alet en mi lecho

allí apareció el guerrero desconocido con toda su armadura y lanza en ristre su colosal figura se alzaba y extendía como sombra gigantesca a lo largo y ancho de la pared vecina tras mi ventana allí comprendí el duro aprieto que me mantenía inmerso entre la alternativas de algún viento verídico o una intempestiva realidad difícil de soslayar acaso era el guardián, mi vigilante, o tal vez el verdugo implacable... era, quizá una noche dual que apretaba a mi sino?...

José Vicente Enaquiño Santos
24-07-90

Carta abierta a Enrique Volpe [artículo] Gloria González Melgarejo.

Libros y documentos

AUTORÍA

González Melgarejo, Gloria

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carta abierta a Enrique Volpe [artículo] Gloria González Melgarejo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile